



HAL
open science

Las fiestas del 12 de Octubre y las conmemoraciones americanistas bajo la Restauración borbónica: España frente a su pasado colonial

David Marcilhacy

► **To cite this version:**

David Marcilhacy. Las fiestas del 12 de Octubre y las conmemoraciones americanistas bajo la Restauración borbónica: España frente a su pasado colonial. *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 2011, 86, p. 131-147. hal-03830923

HAL Id: hal-03830923

<https://hal.science/hal-03830923v1>

Submitted on 26 Oct 2022

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Las fiestas del 12 de Octubre y las conmemoraciones americanistas bajo la Restauración borbónica: España frente a su pasado colonial

David Marcilhacy

Université de Paris-Sorbonne

Miembro de los laboratorios CriMiC y TELEMME

En 1892, a raíz de la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América, el historiador y estadista Antonio Cánovas del Castillo abogó porque España emprendiera una campaña de revisión historiográfica orientada hacia la recuperación de una patria que se encontraba maltrecha. Así lo resumía en la revista *El Centenario*:

Para fortificar y hasta para guardar meramente el verdadero concepto de patria, en nuestros días, hay que prestar, pues, singularísimo culto a su origen histórico, [...] dándole por base a tal concepto la Historia nacional... No han pensado del modo que estoy diciendo aquellos que, aprendiendo en los émulos extranjeros su propia historia [...], suelen difamar hasta cuatro siglos nada menos de nuestra vida nacional, que son los representados por las Casas de Austria y Borbón. El moderno Estado español, la actual patria española, quédanse así sin Historia.¹

El fortalecimiento de la construcción nacional española pasaba pues por una exploración y una vindicación de sus orígenes, tarea a la que habían de dedicarse los propios españoles, y singularmente los historiadores.

Esta relación íntima entre patriotismo e investigación científica la subraya el historiador británico Eric J. Hobsbawm, quien recalca el papel primordial de los profesionales de la historia en el desarrollo del nacionalismo.² En el caso de España, la memoria del imperio de ultra-

¹ Antonio Cánovas del Castillo, «Doña María Cristina de Austria, su matrimonio y su Regencia, con noticias referentes a las relaciones antiguas entre Austria y España», en *El Centenario*, Madrid, tomo IV, 1893, pp. 431-432.

² Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.

mar constituía, ya desde finales del siglo XIX, un motivo especial para emprender esta doble tarea de recuperación nacional y de defensa del legado histórico. De hecho, la celebración del pasado colonial se emprendió a partir de la regencia de María Cristina de Borbón –en particular desde el centenario de 1892–, prolongándose hasta finales del reinado de Alfonso XIII. Se observa en ese período una verdadera inflación de centenarios vinculados con el período colonial, que se acompañaron de un proceso de relectura de los episodios de exploración, conquista y colonización de América, y de lo que representaban para una España finisecular entonces aislada, y supuestamente decadente. Así, la convocación de la memoria del imperio ultramarino se integró en el marco de unas políticas nacionalizadoras que iniciaron las élites liberales de la España finisecular para recuperar un prestigio empañado y reunir los dispersos miembros de la comunidad nacional en torno a un proyecto colectivo capaz de reasegurarla.

el hispanoamericanismo finisecular como clave de regeneración nacional

La celebración del pasado americano de España formó parte de una nueva estrategia desplegada por la ex metrópoli hacia sus antiguas colonias de América. Dicho movimiento de aproximación entre España y las repúblicas hispanoamericanas, el hispanoamericanismo, surgió en las últimas décadas del siglo XIX, en un momento en que se rompió el *statu quo* colonial europeo.³ El contexto de su aparición coincide pues con la última fase de la emancipación americana e inaugura la era postcolonial. El americanismo no era el primer intento español para tratar de superar la crisis resultante de las primeras independencias americanas y de recuperar cierta influencia allende el Atlántico. A mediados del siglo XIX, había nacido una corriente favorable a reanudar los contactos trasatlánticos y entablar relaciones de amistad y cooperación tras la ruptura fratricida de las guerras libertadoras. Aquel primer intento, que definiremos como panhispanismo,⁴ lo protagonizaron principalmente los sectores de negocios de la periferia –catalanes, vascos, asturianos, etc.–, así como unos políticos del liberalismo progresista. Unos y otros emprendieron una fervorosa campaña periodística para reconstruir los lazos de un imperio lan-

³ Sobre el americanismo, véanse: Frederick B. Pike, *Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and Their relations with Spanish America*, Notre Dame-London, University of Notre Dame Press, 1971; Isidro Sepúlveda, *El sueño de la madre patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons-Fundación Carolina, 2005; y David Marciilhacy, *raza Hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la restauración*, Madrid, CEPC, 2010.

⁴ Mark J. Van Aken, *Pan-Hispanism. its Origin and Development to 1866*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1959.

guideciente.⁵ A pesar de efímeros rebrotes revanchistas,⁶ este proceso supuso el abandono de cualquier pretensión imperialista por parte de España, como confirma el paulatino proceso de restablecimiento de relaciones diplomáticas con las repúblicas hispanoamericanas, entre 1834 y 1895. Sin embargo, a pesar de estas iniciativas aisladas en favor de una reconciliación, el siglo XIX lo dominó sobre todo desde España un desentendimiento de las cosas de América.

El verdadero giro en las relaciones hispanoamericanas tuvo lugar en la última década del siglo XIX: a raíz de la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América, en 1892, se dio un salto cualitativo para este «reencuentro» entre España y sus ex colonias. Entonces, el naciente movimiento hispanoamericanista planteó el restablecimiento de vínculos de amistad, basados en la herencia común de tradiciones y en una cultura que ambas regiones compartían. La idea era también apoyar esta reconciliación hispanoamericana en los intereses comunes que estas naciones tenían, desde las relaciones educativas hasta los intercambios comerciales.⁷

Para que prosperara ese proyecto de cooperación trasatlántica, la coyuntura finisecular era más favorable. A nivel internacional, con la desintegración de su imperio, España había dejado de representar una amenaza para la independencia de América latina, frente al creciente expansionismo territorial y económico de Estados Unidos: ya en 1845, la potente federación del norte había ocupado gran parte del territorio mexicano. Entonces, varias repúblicas empezaron a reivindicar su carácter hispánico, para resistirse al temor de una sajonización del continente. Esto favoreció sin duda un rebrote hispanófilo entre las élites dirigentes hispanoamericanas, dominadas hasta entonces por la hispanofobia intransigente de los padres emancipadores. Los inicios del panamericanismo, a partir de la I Conferencia Internacional Americana de Washington en 1889, despertaron no pocas suspicacias en el subcontinente sobre las intenciones de tutela, o aun de predación económica, del potente vecino del norte.

⁵ Menciónese, por ejemplo, la acción del agregado de negocios español en Chile, Eduardo Asquerino, también redactor de la revista *La América*. Véase al respecto: Leoncio López-Ocón Cabrera, *Biografía de La «América». Una crónica hispano-americana del liberalismo democrático español (1857-1886)*, Madrid, CSIC, 1987; Carlos M. Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*, México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 67-91.

⁶ Bajo el gobierno del general O'Donnell, en la década de 1860, España trató de recuperar cierto prestigio exterior lanzando varias expediciones militares por Hispanoamérica, como en México en 1863 o en El Callao (Perú) en 1866.

⁷ Al respecto, cabe mencionar el papel específico que desempeñó la Unión Ibero-Americana, considerada como la principal agencia del hispanoamericanismo. Fue creada a fines de 1884 por políticos de diversas tendencias (el conservador Mariano Cancio Villaamil, el ex presidente de la Iª República Emilio Castelar, el político liberal Segismundo Moret, y Jesús Pando y Valle) y funcionó hasta 1936.

También la coyuntura interna a España fue fundamental para acompañar este giro. El período de fines del siglo XIX enfrentó el país con una transición a la que estaba abocado y que, por los síntomas que la acompañaron, revistió el aspecto de una verdadera «crisis finisecular».⁸ Frente a lo que los contemporáneos percibieron como una manifestación de decadencia nacional, surgió una corriente heterogénea, conocida como el regeneracionismo, que promovieron varios intelectuales con el fin de modernizar al país.⁹ El Desastre colonial del 98 orientó sus interrogaciones sobre el papel de España en el mundo y su destino histórico, y el naciente proyecto americanista así fue integrado en el programa de regeneración. La ambición era doble: ofrecer un ideal renovado a un cuerpo social desorientado, y recuperar cierto prestigio internacional para España. Por lo tanto, en el ideario de destacados intelectuales y políticos, tanto republicanos como monárquicos, América se convirtió en clave de regeneración de España. Entre ellos, citemos a los profesores Rafael Altamira y Adolfo Posada, cercanos al krausismo y a la Institución Libre de Enseñanza, al escritor Ángel Ganivet o al filósofo Miguel de Unamuno. Asimismo, varios periodistas como Mariano de Cavia, José María Salaverría, Ernesto Giménez Caballero o Ramiro de Maeztu, adoptaron el ideario americanista y contribuyeron a su difusión, tanto en España como en América. A su lado, también participaron en esta fragua del renacer americanista unos eminentes políticos: el primero de ellos sin duda es el republicano Rafael María de Labra, diputado por Cuba y defensor en su tiempo del abolicionismo y del autonomismo colonial. Pero también mencionaremos al ex presidente Emilio Castelar, o a eminentes prohombres de la Restauración: en los años 1890, los dos líderes Antonio Cánovas del Castillo y Mateo Práxedes Sagasta, y posteriormente el liberal Conde de Romanones, los conservadores Antonio Maura y Antonio Goicoechea.

Pues bien, ¿por qué élites de tan diversas tendencias vieron en América el incentivo susceptible de levantar la conciencia española y modernizar la colectividad nacional? Pueden apuntarse dos motivaciones principales. La primera de ellas es que el americanismo español lo habitó un evidente objetivo expansionista. A nivel económico, las burguesías periféricas querían sacar partido de estos mercados para sus productos, reforzando las relaciones comerciales transatlánticas.¹⁰ Asi-

⁸ La literatura sobre el «desastre colonial» y la crisis finisecular es amplia. Tan sólo mencionaremos la obra colectiva de Juan Pan-Montojo (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.

⁹ Véase Guadalupe Gómez-Ferrer y Raquel Sánchez (eds.), *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

¹⁰ En 1900, las élites comerciales e industriales vascas y catalanas se organizaron en una Liga Marítima Española, auspiciada por Antonio Maura y Joaquín Sánchez de Toca. Sobre la perspectiva expansionista del catalanismo, véase: Enric Ucelay Da-Cal, *El imperialismo*

mismo, a nivel diplomático, la apuesta americanista permitía romper el relativo aislamiento español. En el marco de la redistribución colonial que ha teorizado José María Jover,¹¹ España tenía que insertarse en el sistema de bloques y alianzas existentes: junto a Europa y el Mediterráneo, el continente hispanoamericano constituía, por su historia y su cultura, un derrotero «natural» para la proyección diplomática española.

Sin embargo, el americanismo no sólo tenía este carácter expansivo, o proyectivo, ya que introducía una dimensión más reflexiva, y ésta era la segunda motivación. Por haber surgido en un período de introspección favorecida por los escritos del 98, el americanismo estimulaba a visitar y redescubrir el pasado común de la colonización. Por eso, el pasado colonial americano fue objeto de un proceso de recuperación, que cristalizó tanto en conmemoraciones diversas como en relecturas historiográficas. Antes de analizar algunos de estos procesos, cabe preguntarse qué significó para las élites de la Restauración esta vuelta sobre el pasado colonial.

La conmemoración del pasado colonial español como proyecto nacionalista

Una vertiente esencial del proyecto americanista liberal consistía en regenerar a la nación española creando una cultura nacional que permitiera integrar a las masas en un proyecto colectivo sustentado por las élites y apoyado en la proyección americana. Surgió esta necesidad en el cambio de siglo, debido al progresivo cuestionamiento del pacto nacional que había establecido la Restauración canovista. La sociedad española conocía nuevos fenómenos que planteaban desafíos para mantener el equilibrio político preestablecido: mencionemos por ejemplo el proceso de urbanización y la constitución de un nuevo proletariado, la industrialización de la periferia peninsular con el auge de nuevas burguesías empresariales, etc. Paralelamente, iban apareciendo nuevos movimientos sociales y políticos que amenazaban el poderío de la oligarquía dirigente: a fines del XIX se remontan el auge del catalanismo político, la aparición del nacionalismo vasco y el fortalecimiento de corrientes internacionistas como el anarquismo y el socialismo. Ante estas fuerzas, los intelectuales y los partidos políticos integrados al régimen concibieron proyectos de afirmación española, unos de tendencia nacional-liberalista, otros de inspiración nacional-católica.

catalán. Prat de la riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España, Barcelona, Edhasa, 2003. En cuanto al País Vasco, mencionaremos el caso del industrial Julio de Lazúrtegui, presidente del Centro de la Unión Ibero-Americana en Vizcaya, creado en 1906.

¹¹ José María Jover Zamora, *1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979.

Para difundir la «cultura nacional» diseñada por las élites españolas, se priorizaron distintos vectores a lo largo del primer tercio del siglo XX: los principales soportes fueron la enseñanza primaria y secundaria, los nuevos medios de comunicación como la radio o el cine, y las políticas de la memoria.¹² El período restauracionista, y más particularmente la Regencia y el reinado de Alfonso XIII, se caracteriza precisamente por la multiplicación de las celebraciones del pasado. Esta tendencia se convirtió en pocas décadas en una auténtica fiebre conmemorativa, que manifestaba la pasión historicista que se apoderó de España entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Entre aniversarios, centenarios y otras conmemoraciones, se pretendía sublimar la decadencia del país y fortalecer el sentimiento nacional de los ciudadanos, suscitando entre las masas un orgullo por el pasado español y su cultura y una adhesión patriótica a los ideales que se exaltaban a través del recuerdo de aquellos episodios o figuras.¹³

La boga de los centenarios y conmemoraciones destinados a celebrar el imperio colonial español. Empezó con la solemne celebración del centenario de 1892. Se prolongó en las décadas siguientes con la conmemoración de las grandes exploraciones marítimas del siglo XVI: en 1914, el IV Centenario del Descubrimiento del Pacífico por Vasco Núñez de Balboa; en 1919, el del Descubrimiento del Estrecho de Magallanes; y en 1922, el de la primera vuelta al mundo por Sebastián Elcano. También España se asoció oficialmente a los centenarios de las independencias americanas, celebrados en dichas repúblicas entre 1910 y 1924.¹⁴ Esta participación del gobierno español a través de lúcidas embajadas era algo paradójica por tratarse del aniversario de rebeliones contra el po-

¹² Véase al respecto: Javier Moreno Luzón (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007. En cuanto al período primorriverista, léase también a Alejandro Quiroga Fernández de Soto, *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, CEPC, 2008.

¹³ Entre estos distintos centenarios de alcance nacional, y fuera del ámbito americanista, menciónense los siguientes: 1881, Bicentenario de la muerte de Calderón de la Barca; 1882, Bicentenario de la muerte de Murillo; 1889, XIII Centenario de la conversión de Recaredo; 1899, Tricentenario del nacimiento de Velázquez; 1905, Tricentenario de la publicación del *Quijote*; 1908-1914, Centenario de la Guerra de la Independencia y de los Sitios de Zaragoza; 1912, Centenario de la Constitución de Cádiz; 1914, Tricentenario de la muerte de El Greco; 1916, Tricentenario de la muerte de Cervantes; 1918, XII Centenario de la Batalla de Covadonga; 1922, Tricentenario de la canonización de Santa Teresa de Jesús; etc.

¹⁴ La Unión Ibero-Americana organizó para la ocasión en sus salones una sesión conmemorativa el 3 de junio de 1910, a la que fue convidado el gobierno, en la persona del Presidente del Consejo José Canalejas acompañado de varios ministros (cf. «En la Unión Ibero-Americana. Reseña del acto con que nuestra Sociedad solemnizó el día 3 del corriente el 1º Centenario de la independencia de las Repúblicas latino-americanas», en *Unión ibero-Americana*, Madrid, nº 6, junio de 1910, pp. 1-10).

der colonial español. No obstante, desde la Península, así se pretendía superar la ruptura que habían representado las independencias, y presentar éstas como la normal emancipación filial de las hijas de la «Madre España» llegadas a la edad adulta. Resulta en definitiva llamativo que la conmemoración del pasado colonial español se inició precisamente cuando España estaba en trance de perder los últimos restos de su imperio. Parece pues que la celebración del pasado colonial sirvió de utopía de sustitución para una nación que acababa de renunciar a su vocación imperial y de perder una posición de protagonismo internacional.

Del IV Centenario de 1892 a las fiestas anuales del 12 de octubre

Una de las principales cristalizaciones de esta política de recuperación del pasado colonial, son las fiestas del 12 de octubre.¹⁵ Constituyen las más importantes y más duraderas conmemoraciones, ya que en poco tiempo se convirtieron en festejos anuales con el carácter de fiesta nacional. Esta celebración, que bajo la Restauración borbónica fue bautizada «Fiesta de la Raza», se celebró por primera vez en España en 1892, en ocasión del IV Centenario del Descubrimiento. En 1890, el gobierno liberal de Práxedes Mateo Sagasta encargó a la Unión Ibero-Americana, importante agencia de difusión del americanismo, y a la Real Academia de la Historia, que organizaran los festejos del IV Centenario. El proyecto, finalmente ratificado en 1892 por el gobierno conservador de Antonio Cánovas del Castillo,¹⁶ exaltaba tanto a la figura de Colón como a los demás personajes que ayudaron a realizar la magna travesía.

En octubre de 1892, la ciudad de Huelva concentró las mayores manifestaciones:¹⁷ su puerto acogió una fiesta marítima, con una réplica de la histórica carabela Santa María con la que antaño Colón había descubierto el Nuevo Mundo. En Palos de Moguer (Palos de la Frontera), puerto desde donde Colón había zarpado, se edificó el Monumento a los Descubridores: se inauguró en torno a la fecha del 12 de octubre, declarada sólo para aquel año fiesta cívica por Real Decreto del 23 de septiembre de 1892. El monumento de Palos forma parte de una larga serie de monumentos dedicados a Colón y al Descubrimiento que se levantaron por doquier en la Península: desde el de Barcelona, edificado para la exposición de 1888 (de unos 63 metros de altura), y el más modesto inaugurado en Madrid para el centenario de 1892,¹⁸

¹⁵ Sobre este tema, remitimos a la segunda parte de nuestro libro: «La Fiesta de la Raza como ideal nacional institucionalizado», en David Marçilhacy, *raza Hispana...*, *op. cit.*, pp. 325-585.

¹⁶ Gaceta de Madrid, Madrid, n.º 269, 25-IX-1892.

¹⁷ Sobre el centenario de 1892, consúltese Salvador Bernabeu Albert, *1892: el Centenario del Descubrimiento de América en España. Coyuntura y conmemoraciones*, Madrid, CSIC, 1987.

¹⁸ El imponente monumento de Barcelona, obra del arquitecto Cayetano Buiigas Monrabá, subrayaba el papel de Cataluña en la gesta del Descubridor, al estar rodeado de esculturas

hasta los de Granada, Salamanca, Valladolid, Sevilla... Además de los mencionados festejos e inauguraciones, se reunieron en Madrid varios congresos científicos con carácter iberoamericano. Entre ellos, el Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano reunió a no menos de 2.500 participantes.

En definitiva, el centenario de 1892, se convirtió en una inmensa demostración de oratoria sin verdaderas cristalizaciones a nivel de la cooperación trasatlántica. Con todo, los festejos de aquel año permitieron un redescubrimiento de América por parte de los intelectuales y políticos peninsulares, lo cual era novedoso para un Estado que llevaba décadas sin interesarse por sus ex colonias. En todas las repúblicas de América, incluyendo Estados Unidos, a partir del año 1892, el 12 de octubre dio lugar a celebraciones anuales que organizaron las comunidades españolas e italianas residentes en América.¹⁹ Poco a poco, allí fueron instituyéndose para el 12 de octubre fiestas con carácter más oficial: unas repúblicas, influenciadas por los Estados Unidos, bautizaron esa fiesta el «Día de Colón» o aun «Día Panamericano»: es el caso de la República Dominicana, de Puerto Rico o de Guatemala. Pero otras le dieron una orientación claramente hispanófila, como Argentina que adoptó en 1917 la fiesta del 12 de octubre como homenaje explícito a España.

En cuanto a España, la celebración del 12 de octubre no tuvo carácter oficial sino a partir de 1918, aunque, desde inicios de los años 1910, varias instituciones pioneras empezaron a celebrarla cada año. Entre ellas, especialmente activas fueron la Unión Ibero-Americana de Madrid, la Real Sociedad Colombina de Huelva, y la Casa de América de Barcelona. En esa década de los años 1910, estas asociaciones, pero también fervorosos periodistas como el ovetense José María González o el madrileño Mariano de Cavia, emprendieron una activa campaña de prensa para la adopción de la fiesta nacional del 12 de octubre. En 1917, el propio rey Alfonso XIII asistió a la ceremonia que en honor a la Raza tuvo lugar en el Ateneo Guipuzcoano de San Sebastián. Ahí, el soberano manifestó claramente su apoyo al proyecto, y declaró:

de catalanes que contribuyeron a su éxito y al representar en sus cuatro lados las cuatro potencias protectoras de la aventura colombina: Cataluña, Aragón, Castilla y León, lo cual quitaba pues protagonismo a Castilla. El de Madrid, obra de Arturo Mérida y Jerónimo Suñol, se concibió como una réplica al monumento catalán: estaba centrado en el papel central de Castilla, cuyas armas figuraban en el estandarte que blandía Colón. También recordaba el papel de la Iglesia con la cruz, y exaltaba en sus bajorrelieves a la figura de Isabel de Castilla.

¹⁹ En cuanto al área americana, Miguel Rodríguez ha realizado un estudio de historia comparada sobre el 12 de octubre en Argentina, Méjico, California y Puerto Rico. Cf. Miguel Rodríguez, *Celebración de «la raza». Una historia comparativa del 12 de octubre*, México, Universidad Iberoamericana, 2004.

Día este muy feliz, llamado de la Raza, que habremos siempre de celebrar con admiración y gozo a un tiempo, puesto que en ella coinciden, en sus palpitaciones de uno y otro lado del Atlántico, millones de corazones, hijos todos de este fecundo suelo hispano.²⁰

Finalmente, en junio de 1918,²¹ el gobierno de concentración nacional presidido por Antonio Maura declaró fiesta nacional el 12 de octubre, con la denominación de «Fiesta de la Raza».

La elección del 12 de octubre como fiesta nacional no se imponía en absoluto, pero su éxito se debe en gran parte a la polisemia que encerraba aquella fecha.²² Esto explica por qué convergieron tantos colectivos diferentes a la hora de escoger un día en el calendario para convertirlo en símbolo nacional. Como cualquier efeméride de alcance nacional, la celebración del 12 de octubre consiste en un culto cívico que debe recordar periódicamente a la nación el origen y el proyecto político que la reúnen: para celebrarse a sí misma, la nación española necesitaba un mito primordial al que se pudiera referir. Existían otros hitos posibles en la historia nacional: la Reconquista con la batalla de Covadonga y la toma de Granada, la guerra de la Independencia, etc. Pero, a lo largo del siglo XIX, estas referencias habían concentrado las luchas ideológicas de los distintos sectores políticos, y el 12 de octubre les pareció a las élites restauracionistas más consensual y menos problemático.

La fecha del 12 de octubre de 1492 representa a la vez el descubrimiento del continente americano, y el ingreso de Occidente en la era de la modernidad. Como fecha fundacional, el 12 de octubre conmemoraba la epopeya americana en sus tres vertientes. Al referirse a 1492, celebraba la hazaña colombina, el Descubrimiento del Nuevo Mundo. Con esta referencia, el 12 de octubre enlazaba con la divisa nacional *Plus Ultra*, el «más allá» que el propio Carlos Quinto había adoptado en su tiempo, como expresión del magno imperio que había constituido. Así permitía ofrecerle a la nación española una proyección universal que rompía con la etapa anterior de recogimiento diplomático, y que permitía superar las divisiones intestinas que lastraban al país. Pero, si Cristóbal Colón podía reunir a españoles y americanos en torno a un mismo emblema, este símbolo no dejaba de plantear problema para el nacionalismo hispano: de hecho, Colón no era español de origen, y lo reivindicaban ruidosamente los italianos.²³ Por eso, a

²⁰ «Fiesta de la Raza», en *ABC*, Madrid, 13-X-1917, p. 11.

²¹ «Artículo único. Se declara fiesta nacional, con la denominación de Fiesta de la Raza, el día 12 de octubre de cada año», Ley del 15 de junio de 1918 (cf. *Gaceta de Madrid*, Madrid, n.º 167, 16-VI-1918, p. 688).

²² Véase «En busca de una Fiesta Nacional», en Carlos Serrano, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus, 1999, pp. 313-329.

²³ Varios historiadores españoles hasta pretendieron hispanizar al ilustre navegante genovés,

través de las celebraciones del 12 de octubre, se convocaron dos otros episodios que, a diferencia del Descubrimiento, tenían un carácter propiamente español: la conquista y la colonización americanas. Ambas temáticas estuvieron omnipresentes en los homenajes, en particular a partir de mediados de los años 1920, cuando se acentuó la campaña historiográfica de rehabilitación de los conquistadores. Con estas figuras, España pretendía recuperar un prestigio empañado por sus recientes derrotas militares, tanto en Cuba y Filipinas como en Marruecos.

En definitiva, el 12 de octubre vindicaba un pasado que se consideraba genuinamente español, y que desde el siglo XVIII había sido objeto de denodadas críticas por parte de la historiografía europea.²⁴ Las celebraciones del 12 de octubre fueron un pretexto para evocar y ensalzar la colonización española de América, y contribuyeron a mitificar el pasado nacional. La constitución del imperio colonial español se presentaba como una obra desinteresada de civilización y evangelización: lo machacaban los discursos y las representaciones gráficas de la época. Dentro del regeneracionismo de principios del siglo XX, la fecha convocaba un pasado glorioso susceptible de conjurar la decadencia y el sentimiento de abatimiento nacional.

Además, el que se designara esa fiesta como «Día de la Raza» no era fortuito. Esta expresión remitía a la «Raza hispana», una entidad de contornos borrosos que había de reunir al conjunto de los españoles con los pueblos hispánicos.²⁵ Al valerse del vocablo «Raza», muy en boga en la época, la fiesta nacional española no sólo pretendía borrar las heridas dejadas por la emancipación americana, sino también ocultar los antagonismos sociales y políticos internos a España: supuestamente, todos habían de reconocerse en esa misma herencia racial, hecha de idealismo y labrada por la comunidad de idioma y de religión. La Raza también rebasaba las fronteras del territorio español y engrandecía al nacionalismo español. Así contribuía a formar una especie de

desatando una controversia historiográfica que duró varias décadas, sin haberse zanjado del todo hasta el día de hoy: cf. David Marçilhac, «Cristóbal Colón, un héroe hispanizado. Controversia en torno a su patria de origen y homenajes monumentales», en Javier Moreno Luzón (ed.), *Construir España...*, op. cit., pp. 153-181.

²⁴ Sobre la ensayística crítica del colonialismo español desarrollada en Europa y América desde el siglo XVI, consúltese Ricardo García Cárcel, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza editorial, 1992. Ver también Joseph Pérez, *La légende noire de l'Espagne*, París, Fayard, 2009.

²⁵ Sobre el concepto de «Raza» en España y sus implicaciones culturales, políticas e ideológicas, remitimos al segundo capítulo de nuestra tesis doctoral: David Marçilhac, *Une histoire culturelle de l'hispano-américanisme (1910-1930) : l'Espagne à la reconquête d'un continent perdu*, Tesis de Doctorado realizada bajo la dirección de Paul Aubert y Serge Salaün, Université de Paris III, 2006, pp. 29-316 (cf. «El mito de la Raza hispana frente a la crisis de la conciencia nacional», primera parte de nuestro libro publicado con el título *raza hispana...*, op. cit., pp. 17-323). Véase también Joshua Goode, *Impurity of blood. Defining race in Spain, 1870-1930*, Baton Rouge, LSU Press, 2009.

«supernacionalismo hispánico», una comunidad transfronteriza en la que España se reservaba el papel de fuerza tutelar y de portavoz.²⁶ Con el mito de la Raza revivía la «España mayor», a pesar de haber perdido su estatus de potencia colonial.

Además, el 12 de octubre también coincide con la fiesta religiosa de la Virgen del Pilar de Zaragoza.²⁷ Este culto al Pilar enlazaba la devoción al Patrono de España, Santiago, y a la Virgen con otro episodio nacional: en 1808, la Virgen habría prestado su apoyo al ejército nacional durante el sitio que le impusieron las tropas napoleónicas.

Así que el 12 de octubre constituía por su polisemia un símbolo múltiple y permitía la unión de los contrarios: lo laico (Cristóbal Colón) y lo religioso (la Virgen del Pilar); lo liberal (el sitio de 1808) y lo monárquico (el descubrimiento y la colonización de América bajo los Reyes Católicos); lo nacional (España y Aragón) y lo internacional (la Raza e Hispanoamérica).

En cuanto a los festejos propiamente dichos que se organizaban cada 12 de octubre, pronto siguieron un modelo que más o menos se extendió a todas las capitales de provincia del país. El ritual del 12 de octubre se repartía entre unos festejos reservados a las élites locales, y celebraciones destinadas a congregar al conjunto de la población a través de procesiones y desfiles. Los primeros se reunían tradicionalmente con las autoridades en algún teatro para celebrar un banquete, o una fiesta literaria con poemas patrióticos, músicas folclóricas y discursos encendidos sobre la fraternidad hispanoamericana y el alcance del Descubrimiento para España y la Humanidad. En cuanto a las celebraciones públicas, se centraban en una procesión cívico-escolar: al desfile se convocaba a los alumnos de las escuelas primarias, a delegaciones de las distintas corporaciones locales y a las autoridades, que iban a depositar ramilletes de flores al pie del monumento a Colón, cuando lo había. También solían organizarse misas solemnes que enlazaban el recuerdo colonial con el culto a la Virgen del Pilar, y festejos con carácter didáctico o simplemente recreativo: conferencias de divulgación histórica, proyecciones cinematográficas vinculadas con América, juegos artificiales, etc.

²⁶ A eso aludió en varios de sus discursos José María de Yanguas Messía, Ministro de Estado de la dictadura primorriverista a partir de 1925. Véase por ejemplo la alocución que leyó en el teatro de la Zarzuela de Madrid, para el 12 de octubre de 1926 (cf. Ayuntamiento de Madrid, *Actos organizados para conmemorar la Fiesta de la raza el 12 de octubre de 1926*, Madrid, Imp. Municip., 1926, pp. 48 y ss.).

²⁷ Según cuenta la leyenda, la Virgen se le habría aparecido al apóstol Santiago en una columna que se encontraba a orillas del Ebro, en Zaragoza. La Catedral de Zaragoza, que fue erigida en el siglo IX y tomó el nombre de Nuestra Señora del Pilar, acoge desde entonces la santa reliquia: una columna de mármol, que fue cubierta de bronce y plata (cf. Antonio María de Puellas y Puellas, *Símbolos nacionales de España*, Cádiz-Madrid, Establecimientos Cerón y Librería Cervantes S.L., 1941, pp. 191-193).

Al respecto, se observa una evolución en estas celebraciones, la cual indica cómo dichas celebraciones progresivamente fueron recuperadas por los círculos del poder. A partir de fines de los años 1910, el 12 de octubre llegó a ser la piedra angular de una ideología político cultural teñida de autoritarismo y de ensueño neocolonial. Con la instauración de la Dictadura de Miguel Primo de Rivera, en septiembre de 1923, las celebraciones tendieron a militarizarse: el protagonismo del ejército se manifestó no sólo con la presencia de banderas nacionales, estandartes, orquestas militares, sino con la multiplicación de desfiles militares en ocasión del 12 de octubre, elemento que no existía antes. Una similar tendencia propagandística la ilustran los llamados Exploradores de España, que eran brigadas de scouts creadas en 1912 por el oficial del ejército Teodoro de Iradier y Herrero: esta organización de juventud, con sus uniformes y banderas, reflejaba la voluntad de alistar y encuadrar a los sectores juveniles.²⁸

Por el buen nombre de España: la pedagogía del recuerdo y la campaña historiográfica

A la hora de ofrecer una valoración conjunta de estas políticas del pasado proyectadas en el marco del americanismo durante el período de la Restauración borbónica, hay que señalar que se integraron en un verdadero proceso de reconstrucción identitaria y memorial, el cual participaba en la concienciación política y patriótica del cuerpo social. Incluso podría hablarse de una auténtica pedagogía del recuerdo destinada a la educación histórica del pueblo, cuando no a su adoctrinamiento, lo que tendió a generalizarse a partir de la instauración de la dictadura de Miguel Primo de Rivera.

Para entender la utilización política e ideológica que se hizo del pasado nacional, cabe relacionar el papel de la historia con el de la memoria en la construcción de una identidad colectiva. Cualquier conmemoración consiste en una representación del pasado, la cual cristaliza tanto en discursos como en representaciones o escenificaciones. En el contexto de incertidumbre que dominaba la España de fines del siglo XIX y de las primeras décadas del XX, los círculos regeneracionistas buscaron en esas políticas memoriales un modo de reasegurar el presente y de concebir un proyecto de futuro que ofreciera una solución de continuidad a la nación y al Estado españoles. En un contexto de fuertes mutaciones sociales, po-

²⁸ Así, por ejemplo, el 12 de octubre de 1924 los exploradores de Madrid y sus homólogos chilenos rindieron un solemne homenaje a la Raza, depositando ofrendas florales delante de los monumentos a Cristóbal Colón y a Isabel la Católica (cf. *Unión Ibero-Americana*, Madrid, n° 5, sept.-oct. 1924). El año siguiente, el 11 de octubre de 1925, unos 600 exploradores españoles participaron en una ceremonia patriótico-militar ante la estatua del soldado Eloy Gonzalo, en presencia del rey y del pleno del Consejo nacional (cf. «Homenaje al Soldado Español», en *ABC*, Madrid, 13-X-1925, p. 17).

líticas, económicas y ante la preocupante crisis de la identidad española, el propósito de las élites restauracionistas era fortalecer la unidad nacional y producir una forma de consenso en torno a la historia mediante una activa pedagogía del pasado. El proyecto era hacer revivir el imperio, aunque de un modo sublimado y un tanto utópico, llámese éste «Raza hispana» en las primeras décadas del siglo, «Imperio moral» o «espiritual» a partir de los años 1920 o la «Hispanidad» ya en los años 1930 y 1940. Para los reformistas españoles próximos a la Institución Libre de Enseñanza y al krausismo, como Rafael Altamira por ejemplo, esta tradición que el pueblo debía interiorizar había de resultar de un amplio trabajo histórico que articulara las representaciones y las prácticas sociales.

Al fin y al cabo, se trataba de una obra de concienciación histórica de la población, que no podía limitarse al único ámbito de la escuela, sino que debía dirigirse al conjunto de la población, a través de ambiciosas campañas de opinión en la prensa y la literatura, de celebraciones conmemorativas organizadas en el espacio público y en la calle. Como ejemplo de estas campañas de opinión en la prensa, puede señalarse el concurso histórico sobre el período colonial, que organizó el diario nacional *ABC* en ocasión de la Exposición Iberoamericana de Sevilla.²⁹

A través de los centenarios que se celebraron bajo la Restauración, el americanismo constituyó una de las principales vertientes de la política nacionalizadora. Y de hecho, estas celebraciones permitieron explotar el espacio público como lugar de memoria. Estos distintos centenarios dieron lugar a la edificación de muchos monumentos conmemorativos sobre la gesta del Descubrimiento, de la Conquista y de la Colonización americanas. Mencionaremos en especial los monumentos a Colón, generalmente edificadas en torno a 1892, y los monumentos a los grandes exploradores españoles. El del marinero vasco Elcano fue inaugurado en 1925 en su ciudad natal, Guetaria: este ejemplo ilustra cómo en múltiples casos la memoria local (aquí vasca), lejos de entrar en conflicto con la identidad nacional, ejerció como argamasa de una memoria propiamente española.³⁰ Asimismo, surgieron varios monumentos a los muertos de las guerras coloniales. Señalemos, en Madrid, el monumento al General Vara de Rey (de 1915) o, en el puerto andaluz de Cartagena, el monumento a los Marineros de Santiago y Cavite (de 1923). Otra categoría la constituyeron los monumentos a los conquistadores, como el conjunto escultórico que integró la «Glorieta de los Conquistadores», edificada para la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929: comprendía estatuas de Elcano, Núñez de Balboa, Hernán Cortés y Colón, celebrados todos como

²⁹ «España en América. El concurso de *ABC* con cincuenta mil pesetas de premio», en *ABC*, Madrid, 5-V-1929, p. 12.

³⁰ «El monumento a Sebastián Elcano», en *El Sol*, Madrid, 12-X-1925, p.10.

héroes nacionales. La misma nota historicista y militar dominaba la entrada del recinto de la Exposición, ya que la estatua de otro héroe nacional, en este caso El Cid, acogía a los visitantes en la puerta. Por fin, hay que añadir una serie de monumentos edificadas para homenajear a distintos hombres ilustres en relación con América: una ilustración sería el monumento al Presidente de la Compañía naviera Transatlántica, que con el nombre de «Monumento al Marqués de Comillas y a la Unidad hispanoamericana» se inauguró en Cádiz en 1922.³¹

Estos ejemplos muestran que, lejos de ilustrar la debilidad de la acción nacionalizadora de la España restauracionista, las primeras décadas del siglo XX vieron una auténtica política de la memoria, que fue respaldada por el Estado central, cuando no impulsada por él. Concebidos como lugares de memoria, estos monumentos constituían las etapas de lo que se quería como una auténtica peregrinación americanista destinada a los turistas nacionales y extranjeros. Contribuyó asimismo a la formación de una religión civil: erigiéndose esos lugares como altares de la patria y de la raza, fueron ideados como soportes de un verdadero culto que españoles y americanos habían de rendir a la Madre Patria, apodada para la ocasión: «*Hispania Mater*».³²

Pero esta empresa de concienciación histórica no cristalizó sólo en políticas de memoria. En paralelo a las prácticas rituales del pasado, la empresa de recuperación histórica tuvo otro derrotero en la historiografía. A instancias de la Real Academia de la Historia y durante las tres primeras décadas del siglo XX, la colonización de América fue reasumida y reinterpretada, cuando no rehabilitada, al considerarse como la obra grande de España. Junto a los periodistas y demás publicistas, los historiadores desplegaron la mayor actividad para recuperar el pasado colonial.³³ España, en los albores del siglo XX, se encontraba aislada y debilitada por sus derrotas militares sucesivas en América y Marruecos (recordemos tan sólo los «desastres» de 1898, 1909 y 1921). El régimen restauracionista era cuestionado tanto por los intelectuales regeneracionistas como por los nuevos movimientos sociales que entonces cobraban fuerza. Esta situación planteaba una interrogación sobre la capacidad de España y su civilización para seguir teniendo alguna influencia internacional y perteneciendo al grupo de las naciones desarrolladas y en expansión. De ahí la necesidad de buscar en el pasado colonial las

³¹ «La Fiesta de la Raza en Cádiz. Inauguración de un monumento al Marqués de Comillas», en *Unión ibero-Americana*, Madrid, n.º 5, sept.-oct. 1922, pp. 7-16.

³² La expresión la emplea la publicista americanista conservadora Blanca de los Ríos Nostench de Lampérez «*Hispania Mater*», en *Pro Patria*, Madrid, Estab. Tipog. de El Liberal, 1913, p. 1.

³³ Sobre el papel de los historiadores en la España de la Restauración, véase en particular: Ignacio Peiró Martín, «Los historiadores oficiales de la Restauración (1874-1910)», en *Boletín de la real Academia de la Historia*, tomo 193, cuad. I, 1996, pp. 13-72.

aportaciones de España al progreso de la Humanidad.³⁴ Los progresos de la ciencia histórica permitían combatir las teorías sobre la supuesta decadencia de las naciones ibéricas.

Esta campaña se apoyó en una necesaria revalidación de los conocimientos sobre el período colonial: esto fue posible gracias al análisis crítico de las fuentes, con el Archivo de Indias sevillano, que acogió a partir de 1914 el Centro de Estudios Americanistas. También cabe mencionar el Centro de Estudios Históricos, creado en 1910 en el seno de la Junta para Ampliación de Estudios, y dirigido por el propio Ramón Menéndez Pidal. Rafael Altamira, precisamente, se encargó en su seno de la sección de «Metodología de la Historia» y también fue titular de la cátedra de «Historia de las Instituciones» coloniales de América (1914-36).³⁵

Paralelamente a esta nueva aproximación metodológica promovida por sectores institucionistas y krausistas, la empresa de revisión de la historia colonial dio lugar a una corriente historiográfica que podría calificarse de apologética, que condujo a una vindicación sin matices de la colonización española. Al lado de los trabajos de académicos, que llegaron a presentar la colonización española como un modelo de humanismo y de protección de los indios, una de las iniciativas más famosas fue el estudio polémico de Julián Juderías, de 1914, que se titula *La leyenda negra. Estudios sobre la imagen de España en el extranjero*.³⁶ Frente a las acusaciones de esta leyenda, juzgadas sin fundamento e interesadas, la producción historiográfica española osciló entre planteamientos científicos más objetivos, como los de Rafael Altamira, hasta la construcción de una auténtica leyenda áurea, con el propio Juderías o incluso historiadores norteamericanos como Charles Fletcher Lummis.³⁷ Así se llegó a una exaltación de la obra de los conquistadores y colonos españoles, ensalzados por la supuesta pureza de sus motivaciones y proceder en comparación con otras colonizaciones, como la de América del Norte: se subrayó que la colonización española la caracterizó la protección de los indios, la mezcla de razas y el mestizaje, así como la obra de evangelización realizada por los misioneros y sacerdotes mandados allende el Atlántico.

³⁴ La revisión de los conocimientos sobre la historia colonial española debían valorar las aportaciones de la Raza hispana a la «Civilización universal» e ilustrar la capacidad ininterrumpida de España en participar en ella. Así lo concebía el historiador regeneracionista Altamira. Véase el capítulo «La civilización española», en Rafael Altamira, *España y el programa americanista*, Madrid, Editorial-América, s. f. [1917], pp. 170 y ss.

³⁵ Entre 1911-1914, Altamira dirigió el Seminario de Historia de América y Contemporánea de España, formado en el Centro de Estudios Históricos de Madrid.

³⁶ Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica: Contribución al estudio del concepto de España en Europa, de las causas de este concepto y de la tolerancia religiosa y política en los países civilizados*, Madrid, Tipografía de la «Revista de Arqueólogos, Bibliotecarios y Museos», 1914.

³⁷ El historiador Lummis era autor de un ensayo apologético sobre los conquistadores españoles. Cf. Charles Fletcher Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*, Barcelona, Araluce, 1916 [ed. original de 1893].

Este renovado interés por la historia colonial, contemporáneo de las políticas de la memoria que antes comentábamos, dio lugar a un sinfín de conferencias y de publicaciones y a tres congresos de historia y geografía hispanoamericanas celebrados en 1914, 1921 y 1930 en la ciudad de Sevilla. Estas manifestaciones traducen, si es menester, la efervescencia de estos estudios y el renovado interés por el pasado imperial americano en esas décadas anteriores a la IIª República.

el americanismo: un proyecto modernizador centrado en la conmemoración del pasado

Sin adentrarnos más en esta empresa de revisión historiográfica, que fue paralela a las celebraciones americanistas, y a modo de conclusión, cabe subrayar una paradoja inherente a la conmemoración del pasado colonial en tiempos de la Restauración. El tipo de relación que las élites liberales de inicios del siglo XX deseaban establecer con América ilustra perfectamente sus contradicciones respecto a la modernidad. En el programa modernizador que plantearon los regeneracionistas, la referencia a la América hispana tuvo diferentes funciones. América sirvió a la vez de modelo para la reforma –el que presentaba la América contemporánea–, de referencia nostálgica –la celebración del Imperio y de la América colonial–, y de mito nacional polifacético: el de la unidad fundadora de la nación española, el de un pasado colonial brillante que brindaba a España un motivo para su soberbia, o bien el de una tierra de emigración henchida de promesas. En definitiva, la recuperación del pasado colonial a través de conmemoraciones y de la campaña historiográfica estuvo encaminada a edificar un ideal nacional federador y estimulante.

Sin embargo, esas políticas de la memoria se alejaban del objeto inicial del hispanoamericanismo, o sea la América contemporánea. Esta relativa relegación de América a una función catártica, patente en la utilización de la política conmemorativa, traducía la incapacidad para establecer un auténtico diálogo con la América contemporánea en sintonía con un continente cosmopolita que se abría a la modernidad de sociedades en vías de masificación. Como lo decía el escritor Álvaro Alcalá Galiano, España ya no podía dirigirse a América como una abuela a sus nietos.³⁸ Ya era tiempo de que renunciase a las evocaciones puramente históricas, a las carabelas colombinas y a las epopeyas conquistadoras.

A partir de los años 1910 y 1920, el carácter muy protocolario del ceremonial americanista, el cual estaba impuesto desde arriba y orientado ideológicamente, limitó evidentemente la eficacia de esas políticas nacionalizadoras que adoptaron como soporte el pasado colonial ame-

³⁸ Cf. Álvaro Alcalá Galiano, «Entre España y América», en *ABC*, Madrid, 10-II-1926, pp. 1-2.

ricano y tuvieron por objeto la España imperial. A falta de un proyecto económico ambicioso y de medios suficientes para las aspiraciones diplomáticas y culturales españolas, la reconquista simbólica de América fue abandonada al único discurso político y a políticas memoriales sin resultados ni plasmación decisiva a nivel de las relaciones trasatlánticas. Frente a otras opciones más pragmáticas para la proyección exterior española, en particular la apuesta mediterránea y la búsqueda de alianzas en Europa, América sólo proporcionó un suplemento de ideal.